Capítulo I

LA TEOLOGÍA DE LA VIDA ESPIRITUAL. EL HOMBRE ES IMAGEN DE DIOS.

«El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios» (Gn 1)
«Cristo es la Imagen visible de Dios invisible» (Col 1,15)

Es evidente que toda Teología es espiritual porque habla de la vida de Dios y del hombre, y en ese intercambio la dimensión espiritual abarca todos los aspectos. De ahí que un tratado *a se* sobre una teología espiritual podría carecer de sentido. Por ello, conviene desde el principio ofrecer una aproximación a la noción de Teología espiritual, o mejor una Teología de la «vida según el Espíritu», como expresa san Pablo en la carta a los Romanos (cap. 8, v. 9). Este manual tratará de una teología espiritual en cuanto teología de la vida espiritual, con la perspectiva básica de considerar la persona cristiana y su vivir concreto, diario.

La teología de la vida cristiana entendida como una vida espiritual que tiene como centro la relación personal con Dios Trinidad (con Jesucristo, con Dios Padre y con el Espíritu Santo), de la que deriva una concepción de sí mismo, de los demás, del mundo en el que vivimos y de la propia vida (el fin de la existencia y el sentido y juicio sobre las propias acciones), que se va desplegando en una biografía personal dentro de la historia de los hombres[1].

1. «Por Teología Espiritual se entiende, pues, aquella disciplina teológica que estudia la existencia cristiana en cuanto proceso de encuentro y comunicación entre el hombre y Dios, en cuanto desarrollo de la vida que, incoada por el Bautismo, se despliega en el tiempo hasta alcanzar su culminación en la plenitud de los cielos. La Teología Espiritual es aquella rama o parte de la Teología que, presuponiendo el sustrato ontológico del ser cristiano –objeto en cuanto tal de la Dogmática–, considera y analiza su despliegue vital, su apropiación efectiva y existencial por parte del cristiano. En otras palabras, la Teología Espiritual tiene como objeto de estudio la vivencia real y concreta de la vida cristiana, el progresivo irse configurando del sujeto cristiano mediante esa fe, esa esperanza y ese amor que, viniendo de Dios, transforman al hombre hasta hacerle participar, en virtud de la gracia, de

Esta «problemática» que rodea a la Teología Espiritual es conocida[2]. Por eso la mayoría de los Manuales comienzan por un capítulo o parte introductoria que determine las dificultades y defina las soluciones epistemológicas pertinentes, para después entrar en la materia propia de nuestra disciplina[3]. Así lo haremos nosotros, pero subrayando que nuestra preocupación no es simplemente metodológica, sino que con este capítulo intentamos mostrar la maravilla y grandeza de la vida espiritual cristiana, objeto de nuestro estudio.

En este capítulo, 1) comenzaremos con un recorrido por la historia de la Teología espiritual hasta la actualidad. El correr de los años perfila poco a poco el ámbito de materias y el enfoque que determina nuestra disciplina. También las razones que llevan a su necesidad o conveniencia. Vemos como en las épocas de contestación o crítica a la fe cristiana, se hace más palpable la necesidad de profundizar en la comprensión de los porqués vitales que derivan de esa fe. 2) La historia nos conduce a la pregunta clave: ¿cuál es el objeto de esta disciplina? Para esto también es necesario establecer la relación entre las distintas disciplinas que se ocupan de la vida cristiana o paralelos. 3) Y una vez conocido el tema de estudio: ¿cómo acceder a su conocimiento? Cuáles son las fuentes, la materia prima, y el método, los cauces para sacar esa materia y aplicarla a la vida moderna. 4) Además todos estos materiales pueden organizarse de distinta manera, en función de cuales sean los subrayados principales. En los últimos tiempos, se han presentado diversos modelos de Teología espiritual de los que nos hemos servido para sistematizar nuestra propuesta.

Por último, una aclaración previa. Una cosa es la Espiritualidad y otra la Teología Espiritual; más o menos, suponen el mismo paralelo entre la vida y el estudio teológico sobre la vida. Con nuestra reflexión metódica sobre la vida espiritual nos gustaría ofrecer una posible solución a problemas como: el papel de la teología para comprender la vida humana y cristiana y vivir mejor; la relación entre la espiritualidad cristiana y las demás espiritualidades; la consistencia de la relación personal entre Dios Padre-Hijo-Espíritu y el cristiano, así como el crecimiento de esa vida en común.

la vida misma de Dios», J.L. ILLANES, *Tratado de Teología Espiritual*, EUNSA, Pamplona 2007, 22. El manual de Teología Espiritual se centra en la consideración de la vida espiritual cristiana. El estudio de la vida espiritual tal y como puede darse al margen del cristianismo, y su valoración teológica, corresponde principalmente a otras disciplinas como la Filosofía o la Teología de las religiones.

2. Cfr. AA.VV., *La Teologia spirituale. Atti del Congresso Internazionale OCD (Roma, 24-29 aprile 2000)*, Roma 2001.

3. Por ejemplo, los manuales de M. Belda, Ch.A. Bernard, S. Gamarra, F. Ruiz Salvador, etc.

1. Un esbozo de la Historia de la Teología espiritual.

Desde la Constitución Apostólica *Sapientia Christiana* (1979), ahora renovada con *Veritatis Gaudium* (2017), la Teología espiritual es una asignatura más del plan de estudios de las Facultades de Teología. Además se considera una rama o disciplina de la Teología que puede configurarse como una especialidad propia. De hecho, han surgido los Institutos y Licenciaturas de Espiritualidad y los estudios, congresos y revistas especializados colorean el amplio campo de las discusiones teológicas. Pero, ¿ha sido siempre así? Debemos recorrer los momentos más importantes de la Historia para comprender mejor la situación actual, los problemas con que nos encontramos y las vías de desarrollo que tenemos planteadas[4].

La reflexión teológica sobre la vida cristiana está presente desde los inicios del cristianismo. Ya se observa en los escritos apostólicos, especialmente de san Pablo y de san Juan; y por supuesto en los Padres de la Iglesia. A lo largo de todo el periodo patrístico, los escritos teológico-espirituales constituyen una expresión más de la Teología, que en este tiempo no conocía la división en especialidades de siglos posteriores. En esta época, la reflexión sobre la fe tenía una orientación marcadamente bíblica, meditativa y sapiencial. Surgía, con gran frecuencia, como prolongación de la *lectio divina*, y, en muchos casos, como parte integrante de la predicación o como reflexión provocada por concretas preocupaciones pastorales. De otra parte, esa reflexión era concebida y desarrollada como parte del proceso de elevación de la persona hacia Dios, como un recuperar la imagen y la semejanza con Dios perdida o desfigurada por el pecado. La reflexión intelectual se vive en el seno de una profunda comunión entre teología y espiritualidad[5].

Lo mismo puede decirse respecto a gran parte de los autores medievales[6]. Si bien en esta época cabe distinguir dos etapas: la llamada teología monástica –una teología desarrollada en el seno de las escuelas monásticas, muy cercana a la teología patrística–: y una segunda mar-

4. Ya J. de Guibert en la Introducción a sus *Lecciones de Teología espiritual* (Madrid, 1953) dedica unos capítulos a exponer los escritos espirituales desde la patrística hasta nuestros días (53-117), otros autores como C.A. Bernard explican algunos puntos concretos de la historia de nuestros estudios (*Teología Espiritual*, Madrid 1994, 59-64), pero será J.L. Illanes el que describa una historia completa de la teología espiritual (*Tratado de Teología Espiritual*, Madrid 2007, 33-51). De aquí tomamos las ideas principales para nuestro esbozo.

5. Véanse los estudios de H. Crouzel, *Orígenes: un teólogo controvertido* (1998), W. Völker, *Gregorio di Nissa filosofo e mistico* (1993); A. Trapé, *San Agustín: el hombre, el pastor, el místico* (1994).

6. Una buena muestra de ello en los estudios de J. Leclercq, *San Bernardo y el espíritu cisterciense*, Monte Carmelo, Burgos 2017; J.P. Torrell, *Saint Thomas d'Aquin, maître spirituel : initiation 2*, Fribourg 1996.